

• Carlos Areán

Texto del catálogo de la exposición en Galería Skira (Madrid), 1979

Dos etapas en la escultura de Belén Morales

Una exposición reciente en Madrid nos ha permitido conocer las dos últimas etapas de la importante escultopintora canaria María Belén Morales. La primera corresponde a la totalidad del año 1978, y, la segunda, a la del 1979. A pesar de este perfecto encuadre cronológico, creo que sería, tal vez, más acertado hablar de "maneras" que de etapas. Voy así contra la costumbre, pero es que en esta pintura, por muchas diferencias de material y de procedimiento que haya entre la una y la otra etapa, la concepción general y los motivos icónicos son comunes a ambas. Hay, simplemente, dos maneras de hacer, pero un sustrato común.

En la primera de ellas -año 78- recoge María Belén toda la experiencia de su evolución anterior y crea unas escultopinturas que tienen bastantes puntos de contacto con la concepción tradicional del relieve. Los fondos son de aluminio, pulido mediante un "frote" reiterado que sigue únicamente un sistema de horizontales y verticales. Ello le permite obtener virtualmente dos tonalidades diferentes que se entreveran la una con la otra. No necesita "comer" el aluminio con ácidos para obtener el color. Le basta con la manera diferente como la luz se refracta sobre las huellas verticales y sobre las horizontales, para que estos fondos cobren una vibración cromática un tanto aleteante y delicadamente misteriosa.

Sobre esa base o fondo previo coloca María Belén sus relieves parcialmente figurativos y con alusiones más o menos identificables a un cuerpo humano sumamente estilizado. La estructura es casi siempre horizontal y el relieve suele atravesar el fondo de lado a lado. Se establece así un juego de espacios ordenados desde abajo hasta arriba en franjas tensas y rítmicas. Las formas inferiores suelen ser pesantes, pero hacen que el cuerpo humano que les sirve de pretexto, parezca pegarse a una tierra que puede imaginarse, pero que se halla siempre más allá, hundida, muy por debajo del límite inferior del cuadro. Estas formas superpuestas están talladas en caoba. Tienen, no obstante, color pero a fuego. El soplete le permite a la escultopintora matizar las sombras, hacer que la luz se pierda en, algunos entrantes, oscurecer zonas y hacer más vivo y dinámico todo el conjunto. El diálogo entre los elementos figurativos y los abstractos es continuo y ello aporta una inquietante nota de ambigüedad a estas construcciones.

La segunda manera es menos neta en el recorte de los volúmenes y más misteriosa en sus escurridizas contrastaciones cromáticas. La ejecución sigue siendo impecable y sin un sólo fallo en la selección de todos los recursos que ofrece una sabiduría de oficio perfectamente asimilada. En esta segunda manera no hay diferencias de material entre

fondo y figura. Tanto el fondo como las formas son de madera, pero entre ambas interpone la artista una chapa de cobre de la que se ve tan sólo un borde de un par de centímetros alrededor o entre los entrantes laterales de cada figura. Ese filo, con aspecto de oro envejecido, es como un refrendo del contorno de cada imagen y refleja, además, una luz dorada y tibia que me ha hecho pensar en la de los mejores mosaicos bizantinos. Esa luz envuelve a las formas y crea alrededor de ellas un ambiente que está tan transido de misterio como la propia obra. El protagonista sigue siendo el cuerpo humano, pero ahora convertido a menudo en paisaje e integrado en el mar, en el sol o en la arena. No aparecen representados estos elementos, pero se intuyen y se tiene la impresión de que los cuerpos antes enteramente perdidos, comienzan de nuevo a participar en la vida y se hallan en situación de descubrir el alma que los informa.

La calidad de esta presentación de las últimas maneras de María Belén Morales se halla muy en consonancia con la que caracteriza desde hace más de cinco decenios a la escuela canaria. Es una de las pocas escuelas en las que se aúnan la fuerza, la imaginación, la elegancia estructural y un consumado saber hacer. María Belén Morales hace honor a esa escuela y continúa así una tradición perfectamente consolidada, cuyo profeta y cronista, Eduardo Westerdahl ha analizado en multitud de ocasiones con pluma maestra y fe inquebrantable.

Carlos Areán.
[Madrid, 1979]